

2014

**[CASA HOGAR
SIGUATEPEQUE: NUESTRA
EXPERIENCIA]**

Pol Penalva Falguera y Heura Llaquet Bayo

El viaje de ida fue una odisea. Aprendimos dos cosas fundamentales: una, para hacer escala en Estados Unidos también hace falta el ESTA y dos, no hagas escala en Estados Unidos. Así te ahorras largas colas de entrada, largas colas para las maletas, que te registren el equipaje, etc.

Pero al final, (yo dos días antes que Pol) llegamos por fin a Honduras. Cuando estaba en el avión llegando a Honduras pensaba, en vaya lío te estas metiendo, llegas aquí, a San Pedro Sula, a la ciudad con más asesinatos del mundo sola y sin saber seguro si te van a venir a buscar al aeropuerto o no. Las palabras de la llamada de Francisco Javier antes de viajar se me repetían una y otra vez: “Honduras es muy peligroso, últimamente la violencia ha aumentado mucho, tener claro que os pueden atracar con armas, o violar, o matar...” Así que al desembarcar, recogí las maletas, las agarré fuerte, llamé por teléfono para asegurarme que me vendrían a recoger y esperé en el lugar más frecuentado del aeropuerto, nerviosa y sin parar de mirar hacia todas partes. Pronto llegó Gloria, y en los minutos que duró el viaje en coche hasta la terminal de autobuses al hablar con ella me tranquilicé bastante. Primera impresión de Honduras: que verde! Mirase donde mirase todo eran montañas y árboles.

El viaje en autobús de San Pedro a Siguatepeque fue tranquilo, intenté mantenerme despierta para ver el paisaje pero con el sopor del mediodía, las más de treinta horas de viaje que llevaba y el calor me desperté poco antes de llegar a Siguatepeque. Allí me esperaba Tina. No sé porque pero me había imaginado a Tina con unos 60 años, lo primero que pensé es que era muy joven. En su 4x4 la habían acompañado cuatro de los más pequeños, Cristian y Andrés ya marcaron maneras y en diez minutos habían perdido toda la vergüenza y me hablaban animadamente. En nada llegamos a la casa, con un terreno enorme rodeado de un muro, de dos pisos, bien construida y animadamente pintada, la primera impresión fue muy buena. De allí empezaron a salir niños y niñas y evidentemente yo no conseguí retener ningún nombre. Me enseñaron la casa, yo dormiría en la habitación de las mayores, seis adolescentes. Tina me empezó a explicar mil cosas a la vez, a hablarme de un montón de niños, de las dificultades escolares de algunos de ellos, a la vez que me explicaba que había gallinas, un invernadero, que no todos los niños iban a la misma escuela y algunos estaban de vacaciones, que la religión era muy importante, que si tal palabra en Honduras se llamaba diferente, que si la casa estaba llena de saltamontes gigantes, que si podía hacer tal o cual, que si podría ponerme con los niños de quinto, en fin...en menos de una hora un montón de información que conseguí absorber a duras penas.

Cuando llegó Eva (una voluntaria madrileña) ya estaba en la casa pero la verdad que ésa primera tarde apenas la vi, era la novedad y los niños y niñas más pequeñas apenas me dejaron un momento. La tarde pasó volando, la primera cena no la recuerdo pero apuesto por tortillas y arroz y a las ocho me fui a dormir, con un sueño plácido y largo, un lujo al que no estaba acostumbrada y que duró todo el mes que estuvimos.

El primer día fue el comienzo de la rutina que mantuvimos. A las 5.30 los que marchaban a la escuela se despertaban pero nosotros dormíamos hasta las siete, como los pequeños. A las ocho desayuno. Después Eva y yo nos partimos, una con los pequeños, la otra con los mayores que estaban de vacaciones, haciendo clases de repaso de verano. Primeros diez nombres aprendidos, vamos! Descanso, una pieza de fruta para la merienda (desayuno), y después según el día: ayudar a la tía María pelando papas, zanahorias y patate, ayudar a las tías con la ropa, jugar con los pequeños, hacer figuras con las bolitas que triunfaron entre grandes y pequeños.... A las 12.30h o 13h a almorzar, y entonces la hora más tranquila del día hasta que llegaban los mayores de la escuela. Tal y como Tina me había pedido empecé con Sindy, Yeimy y Wilmer a

reparar las tareas de la escuela. A las 16h tocaba merienda, algunos días sólo había para los más pequeños pero normalmente todos teníamos o una banana o un trozo de sandía.

Al día siguiente llegó Pol y empezamos la actividad de tarde que haríamos durante todo el mes después de la merienda: organizamos unos juegos por equipos (galos, romanos, espartanos y griegos). Cada tarde les preparábamos un juego diferente, con la intención de que se divirtieran pero también que jugaran en equipo y se respetaran, esto último algo difícil de conseguir. Cada juego puntuaba de manera que al final del mes los espartanos fueron los ganadores, seguidos de galos, griegos y espartanos. El premio eso sí, era una medalla simbólica.

Después los niños se bañaban por turnos y nosotros ayudábamos a realizar otras tareas hasta la hora de la cena: hacer tortitas de maíz y harina (al final hasta me salían redondas!), regar el invernadero, alimentar a los perros y las gallinas...

Para la comida y la cena María, la cocinera, hacía malabarismos con el arroz, los frijoles, las tortillas, las hortalizas y la carne de manera que aunque siempre comíamos prácticamente lo mismo siempre parecía diferente y estaba buenísimo!

Después de la cena, cuento para los pequeños (tienen una magnífica biblioteca) y devocional para los mayores y a las nueve todos a la cama. Los días fueron pasando y al final del día estábamos siempre cansadísimos y agradecíamos las nueve o diez horas de sueño diario.

Durante la semana dentro de la rutina hubo días diferentes: visitamos la escuela de algunos de los niños, fuimos a recoger bananos y leña (que actividad más dura, no os imagináis como pesan los bananos), limpiamos y pelamos elote, acompañamos a Delmis a regatear al mercado....

Con Eva nos llevamos muy bien y los fines de semana hicimos algo de turismo: un día con Denia a las cuevas de Taulabé y al lago ... y otro fin de semana a ver las ruinas de Copán. El viaje hasta Copán fue largo pero mereció la pena, nos encantaron las ruinas y fue el lugar más tranquilo que visitamos. Aunque a decir verdad, después de todos los miedos y advertencias no nos ocurrió nada mala durante nuestra estancia en Honduras.

Tuvimos algunos momentos de tener la sensación que bien bien no estábamos haciendo nada y posiblemente sea verdad. Por suerte la casa hogar funciona maravillosamente con las personas que allí trabajan (Tina, Maria, Rosi, Delmis, Denia, Alma, Rut, Miriam y Gabriel). Nos sorprendió gratamente lo bien que funciona todo, la buena salud que tienen (a admirar la labor de Rosi como enfermera incansable), la buena educación que reciben los niños y el buen ambiente que se respira. Más de una vez comentamos sorprendidos que comparando con muchos niños de España los niños de la casa hogar son mucho más disciplinados, se quejan menos, se espabilan mucho más y se les ve felices y contentos por igual. Los voluntarios que vamos allí no somos estrictamente necesarios pero sí que pensamos que los niños agradecen muchísimo que vayamos. Son muchos niños, niñas y jóvenes y todos necesitan cariño, risas, juegos, abrazos, consejos... y esto es lo más importante que se les puede ofrecer.